

# Francisco Quintanar: las huellas de la mirada\*

Miguel Ángel Muñoz

*Todo resuena, apenas se rompe el equilibrio de las cosas.  
Los árboles y las yerbas son silenciosas;  
el viento las agita y resuenan...*  
Octavio Paz

AL HABLAR del espíritu y metáfora de las ruinas, María Zambrano decía que son lo más viviente de la historia. Su meditación hablaba de la imagen de las ruinas de la antigüedad, de esa veneración y temor que nos suscita su enigmático presente eterno, que permanece no obstante en una mirada sobre la latencia del pasado; sin embargo, Zambrano no alcanzaba a reconocer cómo ese sentimiento se transforma y se hunde aún más en la extrañeza cuando nos hallamos ante las ruinas abandonadas de edificios que nos son muy próximos en el tiempo. Esas estructuras arquitectónicas que sobreviven, son capturadas subliminalmente en ciertos momentos por nuestra mirada, pero desde un perturbador sentimiento de atracción y repulsión ante el vacío que su materia encarna.

Quizá un sentimiento similar percibió Francisco Quintanar (México, D.F., 1971) para enfrentarse por vez primera, en su trayectoria artística, al reto de integrar un bloque de 68 paneles de gran formato –realizados en estireno espumado e impresos en aluminio–, en un espacio determinado, con el objetivo de crear un mural para un espacio público.

---

\* Texto del catálogo del mural *Quintaesencia* que se encuentra en la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa.

Quintanar creó un conjunto poético lleno de interpretaciones plásticas sobre los cuatro elementos: aire, tierra, fuego y agua; lejos de erudiciones, concentró al máximo los significados, al proponer un esquema de conceptos que se reinterpretan breve y concisamente, desde un discurso estético de su sustancia, de manera que su proyecto pictórico no culmina sólo en proporcionar una contextualización e interpretación de los elementos con valor y uso para el conocimiento histórico, sino también en ser un ejercicio de filosofía de la arquitectura.

Tras una dilatada trayectoria artística, que inicio en la Escuela Nacional de Artes Plásticas, donde se decantó por una senda gráfica afín a la figuración, Francisco Quintanar ha ido madurando con una cada vez mayor ambición. En este sentido, su carrera profesional durante la década de 1990 no sólo fue actualizando y enriqueciendo su lenguaje pictórico, sino dando pábulo progresivamente a otras inquietudes técnicas y conceptuales. Si bien no abandonó su pasión por el grabado, su mundo se hizo más reflexivo y complejo; empezó a experimentar con otros materiales y, sobre todo, a adentrarse de diversas maneras en obras tridimensionales.

Fue entonces cuando apuntó también de forma más clara su querencia por la filosofía, la poesía, y en cierta forma, por las teorías alquímicas del pasado, tratadas siempre con un refinamiento lírico. Un ejemplo brillante fue su incursión por el universo del medievo, no sólo en su literatura, sino en la comprensión de su discurso filosófico y “oculto”. Como resultado de sus investigaciones presentó la exposición *Lux et tenebra* en el marco del 36 Festival Internacional Cervantino, 2008, en la ciudad de Guanajuato. Esta muestra



Elemento ignis (detalle del mural)

constituyó para él un peldaño en su búsqueda de un tratamiento más reflexivo e imaginativo de su obra. El arte de Quintanar es también edificado sobre gestos desestabilizadores, ya sea íntimo o monumental.

En cualquier caso, durante los últimos años, Quintanar ha arribado a lo mejor de su madurez con instalaciones que recrean con originalidad su sintonía con la filosofía. Es el caso de su mural, titulado significativamente *Quintaesencia*, en el cual evoca al aire, al fuego, al agua, a la tierra, para conjugarlos en un paisaje litoral múltiple; su perfil, sus seres, sus formas.



Elemento terra (detalle del mural)

No se trata de una evocación de corte realista, pero mantiene su fuerza y efecto en el espectador, quien se siente inmerso en una atmósfera y un ritmo visual continuo, inmovilizado. Inmovilizado, se podría decir, por la pasión; lo que subraya la sensación de momentos suspensivos que recrean las atmósferas de un tiempo suspendido. Uno de éstos, además, parece estar levantado por el aire, aunque su espacio sea inerte. El agua, el instante congelado; el poder de la imagen, la falsedad de las apariencias, son algunas de las cuestiones aquí evocadas. Todo obedece a mecanismos reflexivos, pero el impacto visual los trasciende y los seduce, sugiriendo todavía más.

Estas imágenes sugieren todo un conjunto de magia. Los cuatro elementos pueden señalar, conducir, transformar. No existe, sin embargo, certeza alguna. Quintanar nos invita, nos muestra y destroza equilibrios para poner en marcha mecanismos expresivos.

El oleaje de los bloques que conforman el mural podría verse individualmente, pero su colocación en conjunto recuerda esos acerados torbellinos de agua y



Elemento aer (detalle del mural)



Elemento aqua (detalle del mural)

fuego de William Blake, aunque la intención de nuestro artista no tenga esa pasión devoradora, conminatoria y apocalíptica de las imágenes y poesías de Blake.

En realidad, al mirar la obra y el conjunto de la instalación que ahora pertenece a la Universidad Autónoma Metropolitana –dentro del edificio de Ciencias Biológicas y de la Salud de la unidad Iztapalapa–, comprendemos más y mejor el sentido de toda su trayectoria y el trasfondo de su propia sensibilidad.

Ahora se revela cómo Francisco Quintanar tiene alma de “paisajista” pero no porque refleje o represente la naturaleza y sus cuatro elementos, sino sus luces, que alumbran hacia fuera y hacia dentro. Este proyecto mural que nos ofrece es el fruto de estos encuentros donde se miden las vivencias de quien se funde con lo que contempla y lo refunda: una entrega, la de “la huella del primer asombro”, como ha dicho el poeta árabe Adonis. 